

Sol, luz y cielos azules,
balidos de los ganados
y aves que á los bosques huyen.....

En el campo de mi vida
también hay sombras y nubes.....
la noche de mis recuerdos
mis esperanzas encubre.....

¡Quién me diera, quién me diera
ver de nuevo cómo lucen
el arrebol en el cielo,
la luz del alba en la cumbre.....!



El Stabat Mater.

A Manuel J. Othón.

I.

—Maestro, ¿habéis terminado?

—Oh, por favor, dejadme..... ¡Una sola nota, una sola que comprenda todo lo que debe expresarse con el grito de una madre enloquecida por el dolor! Dejadme concebirla y tendréis la obra terminada..... Pero, dejadme, por Dios, dejadme..... !

—Habéis prometido entregar al Prelado hoy mismo vuestra composición; son las once de la noche, y vuestra pauta se encuentra limpia.

—Pero no véis que me falta ese sonido que busco, ese poema que debe encerrar un sólo punto comprendido entre estas líneas.....? Retiraos, os lo ruego; dejadme solo en mi desesperación y mi ansiedad, y dentro de una hora habré concluido.

Como obscuro fantasma había permanecido el monje en el dintel de la puerta del cuarto del artista, la capucha calada, las manos dentro de los manguillos y la severa mirada fija en su interlocutor; éste, con el rostro pálido, los cabellos en desorden, los ojos chispeantes y una de sus crispadas manos sobre el marfil del clavicordio, había contestado al monje con acentos que parecían rugidos, y sus súplicas tenían algo del grito de desesperación del león que se siente herido profundamente.

La silueta del monje se fué perdiendo poco á poco: cerróse la puerta sin ruido, y el artista permaneció silencioso largo rato.

II.

Triste aspecto presentaba la humilde celda del artista. Un cuarto pequeño, de paredes oscurecidas por el tiempo; unas cuantas sillas desvencijadas; un negro tapiz que cubría una puerta frente aquella por donde acababa de salir el monje, y un viejo clavicordio de

donde aquel desgraciado sacaba sus más sentidas composiciones. Aquella noche, la noche del Miércoles santo, tenía que entregar al convento de Benedictinos el *Stabat Mater* que se debía cantar en la Iglesia el Viernes más memorable para el mundo cristiano, y había hecho colocar sobre el clavicordio la imagen de una Dolorosa que alumbraban fúnebremente dos cirios negros.

Pero la nota que él buscaba no acudía á su imaginación calenturienta: una de sus manos temblaba sobre el marfil mientras la otra sacudía la pluma con violencia sin dejar caer un solo punto sobre la pauta: sus ojos parecían saltársele de las órbitas y su pecho ahogaba un rugido de desesperación.

El tapiz que cubría la puerta se había levantado poco á poco, y las nobles y correctas facciones de una mujer, demacrada, acaso por la miseria, se dejó ver bajo sus pliegues.

El artista permaneció silencioso sin apercebirse de que aquella mujer, cuyo traje negro la hacía más severa, se había aproximado hasta tocar su hombro.

—Fernando—le dijo con un acento que podía tomarse por un eco lejano.

El artista se estremeció y un rayo de cólera se pintó en sus ojos.

—¿Qué quieres?—murmuró con voz con-

vulsa—¿Tú también vienes á atormentarme? ¿Tú también vienes á echarme en cara que faltaré al compromiso contraído con el Prelado de los Benedictinos, á quien ofrecí entregar mi obra hoy mismo? ¿Tú también vienes á arrebatarme el único rayo de salvación que espero?

La mujer aproximó su rostro, por el que comenzaban á rodar algunas lágrimas, al del infeliz artista, y sollozó con voz doliente:

—No, esposo mío; no vengo á atormentarte, ni á decir una palabra de tu fatal compromiso: vengo á decirte..... ¡Dios mío! que nuestro hijo..... se haya muy enfermo.

—Y bien..... ¿qué?—rugió Fernando levantándose y arrojando al suelo la pluma que tenía en la mano.—Si mi hijo se enferma, mejor que se muera..... Yo no tengo más patrimonio que dejarle que la miseria; no tendra después de mi muerte un pedazo de pan que llevar á sus labios. Será el escarnio del mundo; la vergüenza de sus padres; el mendigo que se arrastre por el suelo para conseguir un mendrugo con que saciar su hambre... .. Déjalo, déjalo que se muera..... que se muera!

—¡Dios mío! por piedad, Fernando, que reflexiones.....

—Mira,—continuó el músico tomando fuertemente de la mano á su esposa y conducién-

dola al clavicordio.—Aquí, en estas teclas, se encierra nuestra salvación y la de nuestro hijo..... El producto de la obra que he de entregar hoy mismo, será un patrimonio, será una herencia pero la inspiración ha huido de mi cerebro..... No hallo esa nota ambicionada que formará mi obra; me falta el misterioso y desgarrador encanto que produce en el alma el dolor de una madre. . . . ¿No lo ves? El marfil está mudo, y nada dicen á mi imaginación las lágrimas silenciosas que oscilan en las pestañas de la Virgen.....

La voz del artista fué ahogada por el eco del trueno que comenzaba á oirse en lontananza. Fuera de la habitación de Fernando, silbaba el viento con fuerza, y la lluvia comenzaba á azotar los cristales de la ventana.

La mujer dió un grito y corrió á la alcoba donde se hallaba el pequeñuelo.

El artista, aterrorizado y mudo, apoyó una mano en el teclado, y algo como el rugido de la tempestad brotó del blanco marfil del clavicordio.

Con el sollozo de la madre se confundieron el lamento de un niño y el ronco grito de la tormenta que se desataba sobre ellos.

—¡Fernando! Mi hijo se muere.....! —exclamó la mujer desde la habitación contigua.

El artista permaneció en su sitio; su mano crispada se estremecía sobre el teclado; sus extraviados ojos parecían buscar algo en el espacio; su respiración era fatigosa y sus labios se agitaban convulsivamente.

—¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!—se oyó gritar á la desolada madre.

El artista dejó caer las manos sobre las teclas; brotó un sonido extraño del clavicordio; se escuchó algo como una voz que lloraba: parecía un gemido prolongado que sollozaba las sublimes palabras:

Stabat Mater dolorosa.....

—¡Hijo de mi vida!—esclamó la infeliz mujer.

Juxta crucem lacrimosa...!

Parecía continuar diciendo el clavicordio á la sorda vibración de sus teclas estremecidas al contacto de la mano del artista.

Y un torrente de extrañas notas se sucedían con rítmica celeridad: ya era el eco de la tempestad que resonaba entre las rocas de ignorada cordillera, ya el rudo golpear de lanzas que se quebraban contra las moles de granito, ya el sollozo desgarrador y terrible de una alma á quien el dolor atormentaba...

Cujus animan gementem
Contristatam et dolentem.....

Continuaba la misteriosa voz del clavicordio.

Fernando estaba transformado; descompuestas las facciones, lívido el semblante, el cabello erizado y los labios cárdenos y balbucientes, se estremecía á cada sonido que se escapaba á la presión de su mano, y sus ojos giraban dentro de sus órbitas como presas de vértigo indefinible.

Y así continuó hasta completar el himno á la Madre de Dios que lloraba la muerte de su Hijo.....

De pronto el rugido de la tempestad, unido al doloroso grito de la esposa, hizo temblar el clavicordio y estremecer al artista, cuyo cerebro parecía querer estallar rompiendo las paredes de su estrecha cárcel.

—¡Mi hijo! Mi hijo ha muerto! Volvióse á oír gritar á la pobre madre.

Vidit suum dulcem natum
Moriendo desolatum
Dum emisit spiritum.....

Repetían las notas que brotaban bajo las manos de Fernando.

Y su esposa, la infeliz madre, con la cabellera en desorden, el vestido desgarrado, y el cadáver de su niño en los brazos, fué á caer á sus pies mirándole con extraviados ojos:

Quando corpus morietur
Fac ut animæ donetur.....

Y no pudo mas.....

Ahogó el artista un grito de dolor y cayó
pesadamente al suelo.

.....

III.

Mientras que en el convento de Beneditinos se cantaba con gran pompa y solemnidad el *Stabat Mater* de un artista ignorado; mientras el concurso se conmovía escuchando aquel conjunto de notas que voces del cielo semejaban, en el cementerio de la ciudad lloraba una mujer ante una tumba recién cubierta, y un hombre balbucía con voz apenas perceptible los versos del *Stabat Mater*, tras de la obscura reja de un manicomio.



Ave Muerta.

Vuelven á ornar del arrayán los tintes
Al alto encino y la gentil palmera,
Y ya el calor de la estación pregona,
Oculta entre las ramas, Filomena.

Vuelve el azul del apacible cielo
Vívido á desplegar su cauda regia,
Y vuelven los perfumes á los campos,
Y su verdor á la montaña enhiesta.

Todo vuelve, Dios mío! Todo al soplo
De la nueva estación feliz despierta...
Menos el ave que, tras crudo invierno,
Muerta en la nieve halló la primavera!